

— La señora está en el salón escribiendo cartas — respondió Pedro —. No ha salido porque está fatigada de calor.

— ¿No ha recibido correo de Francia o de alguna otra parte?... ¿No?... ¡Mejor!... — continuó el joven—. Durante algunos días procurará usted que no haya en la casa ningún periódico, ¿oye?, ninguno...

Y comenzó a explicar en pocas palabras el motivo de aquella orden terminante. Pedro, que había sido ordenanza del comandante De Bessay antes de casarse con la camarera de la viuda, oía el relato del drama de Murren con verdadera consternación. Su grito de viejo servidor fué el eco del que había lanzado el burgués suizo en el tren de Berna.

— ¿No se decidirán a expulsar a esos criminales de todas partes? Si yo cogiese uno le colgaría, sin remordimiento, de este árbol corpulento... Esté usted tranquilo, señorito Francisco; yo se lo recomendaré a Luisa, y la señora no conocerá este nuevo crimen... Tiene usted razón: en su estado se trastornaría. Todo su duelo acudiría a ella... y no es necesario...

III

— ¿Muy tranquilo? ¡Ay! No debía el amante hijo permanecer mucho tiempo en esa seguridad que el fiel criado le prometía. El presentimiento que le hirió al enterarse del asesinato de Steenackers iba a realizarse muy pronto, y en condiciones terribles además. Verdaderamente, parece que en ciertos destinos se produce, y sin que podamos explicarnos por qué, un fenómeno análogo al que los jugadores designan con las palabras vulgares y misteriosas, pueriles y exac-

tas, de buena y mala suerte. Las más humildes, las más modestas personalidades se encuentran de pronto sufriendo como rachas de acontecimientos trágicos. Añadamos, para reducir a una proporción exacta esos enigmas tan desconcertantes de la existencia, que esas series negras no son de ordinario más que una consecuencia lógica del primero de esos acontecimientos. Sin el accidente de Moscú, Francisco no habría tenido que temer contratiempo alguno en su madre por el atentado de la pretendida señora Noetsved. Sobre todo, no habría tenido que pasar por la cruel crisis de conciencia y de sentimiento que se le preparaba sin saberlo. Persuadido de que la vigilancia de Pedro y de Luisa no dejaría pasar nada que revelase a su señora aquel crimen tan semejante al otro, había podido llegar donde su madre con alegre semblante, encontrándola a ella también con el humor de sus buenos días. Antes de cenar la había paseado, como de costumbre, por la ribera del Aar y del lago. Sentados en el tronco predilecto, habían contemplado juntos la púrpura y el oro de la tarde serena reflejados en las tenues nubecillas del cielo, en las agudas crestas de los glaciares, en el espejo tembloroso de las aguas. Al volver habían cenado frente a frente en el comedor del piso bajo, abandonándose al encanto apacible del lento crepúsculo: la madre, más alegre y más habladora que lo había estado en muchos meses; el hijo, observando con una alegría refrenada aún por el temor, la mirada más viva ya de aquellos ojos oscuros en los que tanto temiera ver el fulgor sombrío, y la desesperación en aquella frente, que encuadraban unos cabellos grises, del siniestro surco que tanto le preocupara; la sonrisa, en fin, que había vuelto a aquella boca crispada de amargura. Después de la comida se habían retirado a la biblioteca, que se encontraba también a

nivel del parque. La señora De Bessay, tendida en un diván, había cogido una labor cuyo punto continuaban automáticamente las agujas en la penumbra que precede a la obscuridad. Sólo en último extremo hacían llevar luces, porque gustaba melancólicamente de la tristeza de aquella hora. Francisco, sentado en la mesa, ordenaba sus apuntes de la tarde. Probablemente se encontraba bien seguro, y bien segura su madre, cuando un ligero incidente, casi instantáneamente seguido de otro, le oprimió de pronto el corazón con aquella angustia que Robinsón experimentó cuando percibió, impresas en la húmeda arena de la ribera, huellas de pasos humanos. Primero fué la aparición del criado en la ventana, que había ido allí indudablemente para llamar la atención de su amo esquivando la de su señora. Era la hora de la cena para él.

— Señorito—dijo a Francisco cuando éste salió de la habitación con pretexto de ir a buscar un libro olvidado en la suya—, el batelero Hartman ha venido desde Scherzligen a prevenirnos que la policía de Thoune va a visitar estos lugares para registrar las casas y los jardines... La mujer de Murren, la que mató al señor belga por error, está por aquí. Se la ha visto... Hartman sabe la enfermedad de la señora y lo impresionable que es. Por eso se ha creído en el deber de advertirnos para que no la sorprenda.

— Vaya a la puerta del parque en seguida—replicó el joven—. Tan pronto como se presenten los agentes, dígales sencillamente la verdad. También ellos deben saber que hay en la casa una mujer bastante enferma a quien los médicos han prohibido toda emoción. No tienen más que hacerme llamar y yo mismo les serviré de guía.

No hacía cinco minutos que se le había comunicado esta noticia amenazadora, y Francisco, ya vuelto

al lado de su madre, estaba combinando mentalmente el plan que seguiría para engañarla si la policía, desoyendo sus súplicas, penetraba brutalmente en el castillo, cuando de pronto sintió parársele el corazón. Le pareció que del fondo de uno de los paseos del parque, y en las sombras de la noche, alguien surgía recelosamente... Una forma de mujer se dibujaba avanzando despacio, deteniéndose, ocultándose... De repente, como cansada de retroceder ante lo inevitable, esa persona comenzó a andar deliberadamente, en dirección a la casa, amparada por los árboles. En este momento, la sangre de Francisco se le heló materialmente en las venas. Su madre, cuyo diván tenía afortunadamente el respaldo contra la ventana, se levantó.

—Empieza a ser completamente de noche—dijo—; voy a llamar para que traigan luz—. Que mirase detrás de ella, y vería también a la intrusa sobre cuya identidad el joven tenía ya algo más que una sospecha... Los policías seguían los pasos de la nihilista de Murren... Esta se hallaba en los contornos... Esa mujer no podía ser más que ella. ¡Dios mío! ¡Cómo conmovió al hijo el gesto de la señora De Bessay!... Otra propicia casualidad quiso que una vez que llamó, notase cierto desorden en uno de los anaqueles de la biblioteca.

— Este pobre Pedro no se acostumbrará jamás al orden—dijo ella—. Cuando desempolva los libros, no puede volver a ponerlos como estaban... Aquí hay una porción de ellos con los tejuelos invertidos... Pero ¿dónde vas, Francisco?

— Voy a pasear un poco por el jardín, mamá—contestó—, antes de que traigan la luz.

Aunque el tono de su voz estaba tan alterado que le sorprendió a él mismo, la madre no se fijó. No pocas veces había inquietado al hijo aquella limita-

ción del campo mental que hacía que la enferma se abstrayese enteramente y con ansia febril en los más nimios detalles. En el caso presente era una posibilidad más para el éxito del proyecto que la aparición de la criminal de Murren, si era ella, coincidiendo con la inminente llegada de la policía, acababa de hacer surgir en su espíritu en un momento de terror. Toda la cuestión estaba en que pudiese abordar a esa mujer sin que ella se delatase con algo que manifestase su presencia de un modo incontestable. Con esa rapidez y esa precisión casi sonámbula que toman nuestros pensamientos y nuestras acciones en esas crisis en que el menor error sería de incalculables consecuencias, Francisco había salido de la biblioteca por el balcón que daba al paseo mismo por donde avanzaba la sospechosa visitante. Estaba seguro, y pensaba acertadamente, que el primer instinto en ella sería el de ocultarse al ver a cualquiera de los moradores del castillo dirigiéndose hacia ella. Apenas había dado dos pasos cuando la silueta de la fugitiva se perdió entre los árboles. El continuó andando con un paso que tuvo fuerza para no acelerar. Si era, efectivamente, la señora Noetsved quien había matado al inocente Steenackers, con seguridad, la desconocida, iría armada y no menos cierto era que no vacilaría en disparar sobre quien quisiera detenerla. Por tanto, era cuestión para Francisco de medir sus movimientos como si no la hubiera visto. El aspecto de ella indicaba que había ido al parque en intención de dirigirse a los dueños de Stockhorn para pedirles, ¿qué? ¿un asilo? ¿un socorro? ¿Qué más daba! La imploración que iba a hacer en el umbral de la puerta la haría entonces, siempre que no tuviese miedo. El heroico joven se daba clara cuenta de lo que arriesgaba. Pero no en balde era el hijo de un soldado, y si el pulso latía más fuerte a

medida que se acercaba al sitio donde la mujer se escondiera, ésta no podía, en modo alguno, sospechar esa emoción. Ya estaban a cinco pasos uno de otro. Repentinamente se detuvo él. La mujer debió creer que acababa de verla y echó mano al bolsillo para buscar el revólver. ¿Qué hacer para que no disparase? Súbitamente Francisco recordó haber leído en unas memorias de viajes que en los Estados Unidos los ladrones gritan a los que asaltan: «¡Hands up!»... ¡Manos arriba!... y levantó las suyas con insistente ademán para demostrar que no tenía armas, y se atrevió a avanzar más diciendo: — ¡Señoral... ¡Señoral... Ya ve que nada tiene que temer de mí... ¡Pero no gritel... ¡No se mueval... ¡No salga de esta espesura!... ¡Que nada delate su presencia, o está usted perdido!... La policía la busca por todo este lugar. Quizá en este momento los agentes estén ya en el castillo... ¡Créamel ¡Le suplico que me creal... Yo estaba en una de las habitaciones bajas hace un instante, cuando usted apareció en esta avenida. La he observado algún tiempo y he comprendido que usted se ocultaba, y con lo que yo sabía de esta persecución de la policía y su filiación por los periódicos, he adivinado que usted es... que usted viene de Murren, donde se ha hecho llamar señora Noetsved. Ya ve que estoy enterado... No me diga nada. Yo le digo esto para demostrarla con qué intenciones vengo aquí. Yo sé lo que usted ha hecho. No tenía más que dejarla acercarse al castillo, y sería apresada. Si estoy aquí, es que tengo una razón para ayudarla a salvarse... Pero sígame. Es menester que me siga...

Ahora estaba junto a la Noetsved. Sus temores filiales no le habían engañado. Era el asesino del infeliz Steenackers a la que los azares de la fuga habían llevado hasta aquel rincón, uno de los más abruptos y solitarios de las cercanías del lago. Sólo

su silencio ante las palabras del joven constituía una confesión que, en otras circunstancias, le habría estremecido de horror; pero todas las energías de sentimiento estaban como aniquiladas ante la idea de que la detención podía practicarse en el parque, cerca de su madre, en el castillo quizá, si la anarquista rusa se escapaba por ese lado. Habría en él un combate si ésta se defendía: tiros, sangre derramada, muertos. La señora De Bessay oiría las detonaciones. Querría saber la causa. La sabría. Si Francisco había temblado por el efecto que produciría en aquella razón quebrantada la sola lectura de un periódico, más de temer sería una escena semejante realizada, probablemente, ante la misma enferma... ¡Ahl poco le importaba que esa mujer hubiese asesinado y que él mismo, al ayudarla, se convirtiese en su cómplice. A toda costa evitaría aquel nuevo dolor a su madre, y renovó la súplica juntando las manos esta vez.

— Sí, es necesario... Le doy mi palabra de honor de que haré todo lo que pueda para salvarla... ¡Mi palabra de honor—repitió—, créamel

— Le creo, señor—respondió la fugitiva—. Indíqueme el camino. Le sigo.

La claridad de la noche era suficiente para que los dos jóvenes pudiesen distinguir sus rasgos respectivos. La señora Noetsved había podido reconocer en la fisonomía, tan expresiva, de Francisco la sinceridad de una oferta absolutamente enigmática para ella; pero ¿cómo no aceptarla en el estado de postración en que se hallaba? Acababa de pasar treinta y seis horas corriendo como una bestia acosada, sin dormir, sin comer, entre Murren, de donde escapó de un modo casi milagroso, y aquel castillo aislado cerca del lago Thoune, que abordó diciéndose: «Voy a pedir un pedazo de pan. Si me lo niegan, me mataré». La energía de las supremas resoluciones estaba impresa

en aquel rostro de veinticinco años, cuya expresión tenía un carácter casi feroz. Era una cara algo moquetada con rasgos delicados. Sobre la macilenta palidez, como empañada, del semblante, se destacaban los ojos grises que lanzaban una mirada penetrante. La boca fina, entreabierta por el exceso de cansancio, como si el aire la faltase, descubría los dientes menudos, muy blancos y algo separados. El tono ceniciento de los cabellos y de las cejas acababan de darle, aún en el desorden del vestido, inevitable después de aquellos dos días en los bosques, aspecto de distinción. Desde luego, esa mujer era de una categoría social que hacía más horrible la audacia del crimen que había cometido con aquella misma mano enguantada con una piel desgarrada por haberse cogido a las zarzas y a los peñascos. Era de mediana estatura, delgada, de esa delgadez resistente en que existe toda la fuerza de un sistema nervioso intacto, como lo probaba la agilidad de su paso para seguir la marcha acelerada de Francisco, a pesar de su espantosa extenuación. Así caminaron algunos minutos, sin cambiar palabra, a lo largo de uno de los senderos del parque: él, espiando, con la cabeza alta, por si llegaba el aviso de Pedro advirtiéndole la presencia de la policía; ella, con la mano en la culata del revólver guardado en su bolsillo, para caso de sorpresa. La noche iba cerrando y el espesor de las sombras se añadía a la impresión siniestra de aquella marcha silenciosa. Llegaron a una especie de pabellón de madera, situado precisamente en el extremo que separa el río del lago. Aquel kiosco constaba de dos pisos, con una sola habitación cada uno. La del entresuelo tenía dos casillas destinadas a los baños; estaba obstruída por instrumentos de pesca y daba a un embarcadero, al cual estaba amarrado un barco. La habitación del primer piso estaba dispuesta de

modo que en los días de mucho calor pudiera pasarse allí la tarde y tomar el te. El pabellón cerraba con una llave, la cual Francisco, que iba allí a menudo con su madre, recordaba haber dejado en la puerta el día anterior. ¿La habría quitado el jardinero? El triunfo de su plan dependía de ese detalle. Por eso había cierta tranquilidad en el acento cuando dijo, siempre en voz baja:

— La llave está puesta... Entre, señora... Tenga cuidado, que hay un escalón. No me atrevo a encender una cerilla. Yo colocaré las redes delante y cerraré después la puerta del pabellón, y como la llave estará fuera, cuando los policías hayan visto que tiene dada doble vuelta, no supondrán que usted haya podido entrar por ahí. Queda el refugio de los barcos; pero hay una verja con candado...

— Gracias, señor...—respondió la señora Noetsved. Tenía esa sencillez característica de los fanáticos, que contrasta tan vivamente con la violencia de sus actos. Parecen no tener la facultad de asombrarse, preparados como están por el exceso de tensión interior, a las más extraordinarias resoluciones... —Por otra parte—añadió—, si usted no logra alejar de aquí a esos bandidos de la policía, no me cogerán viva. Antes he de hacerles pagar cara mi muerte...

Al decir esto sacó del bolsillo un revólver, estrechándole contra su pecho con la feroz energía de una *outlaw*, para quien su propia existencia no significa más que las otras. Francisco se estremeció hasta lo más profundo de su ser, y cogiéndola del brazo con una violencia que desmentía su anterior actitud:

— Señora—gritó—, no, no hará usted eso. Júreme que no lo hará... Es verdad que no puede usted comprender... Escuche... En esa casa, a la que usted se dirigía antes, vive una pobre mujer, mi madre. Hoy es una señora vieja; hace dos años todavía era

joven. Era feliz. Tenía un marido que la adoraba y a quien ella adoraba: mi padre. Estos dos seres no habían vivido más que para el bienestar de los otros: el mío, el de sus parientes, sus amigos, sus inferiores, los pobres... Mi padre tuvo que ir a Rusia. En Moscú estaba cuando el atentado contra el conde Komow. Un correligionario de usted hizo lo que usted. Hirió al azar, a riesgo de alcanzar a unos inocentes. Mi padre era uno de éstos y murió como Steenackers...

— Steenackers no era un inocente—dijo ella—. Se llamaba...

— ¿Gorka?—interrumpió Francisco—. Eso ha creído usted; pero se ha engañado.

— Yo no me he engañado—insistió ella—. Tenía su retrato.

— Se ha engañado usted—repitió él con creciente exaltación—, se ha engañado lamentablemente. Y ¿quiere usted saber las consecuencias de esos funestos errores? Hace dos años, le he dicho ya que mi madre supo la horrorosa nueva, y tan grande y tan profundo fué su dolor, que tememos aún por su razón. Por eso salí del castillo como he salido; por eso me he precipitado sobre usted cuando la he visto en la avenida del parque. Desde el primer momento, repito, adiviné quién era usted. Lo que yo he querido no era salvarla; hubiese preferido detenerla con mis manos. No. Era evitar a mi pobre madre la horrible sacudida de su presencia ante ella, después de haber muerto mi padre, asesinado por los suyos, y también la horrible sacudida de una lucha a pocos pasos de ella, delante de ella, que no debe recibir ninguna emoción. Como no tiene energía, esa escena sería la locura para ella, la muerte quizá... Ya le he dado a usted mi palabra y la mantendré. Haré todo lo que humanamente pueda para que no la

apresen ahora y pueda usted escapar. Pero si no lo logro, usted no debe ser causa de una espantosa desgracia para mí... Sí... Si hubiese aquí una lucha, balas cruzadas, ¿cómo quiere usted que mi madre no oiga el ruido? Estoy hablando en voz baja aun en este momento en que el terror me trastorna. No estamos más que a cincuenta metros del castillo. Mi madre querría venir. Vendrá...

Se paró, espantado él mismo ante la imagen que evocaba. Era tan joven, tan ignorante de la vida, a pesar de la prueba que tan tempranamente le dejó huérfano, tan poco preparado para la violencia de hechos como aquel en que se encontraba metido, que los nervios le dominaron y estalló en sollozos. Su compañera le miraba muda. También ella parecía víctima de una agitación que no sujetaba enteramente, y se dejó caer sobre una de las sillas como si no pudiera tenerse en pie... De pronto, una señal cruzó el aire. Esa señal convenida de una vez para siempre entre Francisco y el criado para que éste pudiese advertirle a distancia, sin llamar la atención de la señora De Bessay, consistía en la simple entonación de las primeras palabras de la Marsellesa. No bien hubo oído el joven aquellas notas cargadas para él de tan horrenda significación, se levantó.

— Los policías se acercan, si no están ya ahí— dijo—. Pedro me dice que es necesario que yo vaya... Tengo necesidad de todo mi valor... Señora, ¿me dejará usted ir con esa angustia?

— No—respondió la fugitiva.

Y repitió como hablando consigo misma:

— No. No sería justo. Tiene un derecho sobre nosotros... — Le tiene... Luego, bruscamente, tendió su revólver al joven.

— Tenga, tenga—insistió—. Si tuviese este arma, le prometería, y quizá no tuviera fuerza para cum-

plir mi promesa. Tenemos una deuda con usted, y yo se la pago... pero haga lo posible por que no me detengan... Estaría indefensa, y sufrir eso sería horrible.

IV

Dos horas hacía que Francisco sintiera los dedos crispados del asesino deslizar en los suyos temblorosos y febriles aquel revólver, instrumento de crimen, caliente todavía por el febril apuñamiento; dos horas que la señora Noetsved se había encerrado en la caseta de baños delante de la cual había él amontonado útiles de pesca. Había quitado la llave de la puerta y dejado, en cambio, la de la puerta del pabellón después de dar doble vuelta. Si la pesquisa era somera, los policías debían razonar de este modo: «Este kiosco está cerrado por fuera, luego el asesino no está ahí.» ¿Cómo iban a sospechar en la complicidad que suponía ese detalle? Si entraban, análogo razonamiento les haría abandonar el registro de la habitación. ¡Qué acusación más terrible para Francisco si, por el contrario, una pesquisa minuciosa descubriese esos ardides! Él no había pensado en eso. Y todo había sido ejecutado tan de prisa, que llegó a tiempo para encontrar a los cuatro policías de Thoune a mitad de camino, entre la cancela del jardín y el castillo.

— Ya sabemos la desgracia que le aflige, señor De Bessay—contestó a sus primeras explicaciones el jefe de la escuadra—. También usted ha sido una víctima de esos criminales; por eso debe comprender mejor que nadie que es necesario a toda costa hacer un escarmiento. Esa mujer está en este rincón del

lago, y debemos registrarlo todo: es nuestra consigna. Sin embargo, ya que su madre está tan enferma, no entraremos en la cámara donde ella se encuentra. Estamos bien seguros de que el asesino no se encontrará allí... Esto es todo lo que podemos concederle.

Es fácil adivinar qué momentos habría pasado el hijo, el cual decidió quedarse con su madre en la biblioteca. Él propuso, según solía, jugar a la baraja, por temor a que la asaltase la idea de dar un paseo por el jardín o que un capricho la llevase a otra estancia del castillo. Ella había aceptado, y él tuvo la energía de seguir detalladamente una partida de *besy* con el corazón angustiado a cada rumor que llegaba de la casa, en un principio, y más luego, cuando comprendió que los agentes registraban la espesura. Pero nada. El grosor de los muros y quizá también la diligencia del fiel Pedro, impidieron que eco alguno turbase la calma de la biblioteca. Ningún rumor entró por las ventanas abiertas, sino la palpitación del follaje de los corpulentos árboles sobre los postigos herméticamente cerrados. La partida de *besy* había concluído, y la madre subió a su cuarto. Ordinariamente Francisco se oponía a que se retirase antes de las once. Sabía bien que eso no conduciría más que a despertarse a eso de la media noche. Entonces, para disipar las tristezas de su insomnio, la enferma recurría a esos calmantes cuyo peligro habían señalado los médicos. Aquella noche de buena gana habría dado el hijo a la madre la disolución de cloral, menos peligrosa que la sacudida que le hubiesen causado gritos de angustia rasgando de improviso la noche. Gritos que él había espiado con punzante ansiedad mientras cantaba las fórmulas corrientes del juego; los «ciento de ases», «ochenta de reyes», «doscientos cincuenta». Por instantes creía oírlos...

pero no... Y luego, ya solo, vió entrar al criado que le anunciaba un término más feliz de lo que él mismo hubiera deseado. Después de registrar la casa y recorrido el parque, los policías se habían retirado. Iban a coger a toda prisa el tren último que por ellos se había detenido en la estación de Thoune. Un expreso había venido a revelarles una nueva pista.

— Los viajeros son los que no estarán contentos del retraso—concluyó filosóficamente Pedro—. Muchas veces se enfada uno por lo que es en interés suyo. Y todos tenemos interés en que se coja a ese perro rabioso... Parece que se ha visto a esa mujer en Munsingen y que había error en la pista ésta. Si no fuera por la señora, lo sentiría. Me habría parecido justo que una de esas odiosas anarquistas rusas viniera a hacerse prender en la casa de nuestro comandante. Hubiera yo tenido así como la idea de que al fin estaba vengado...

Bien sencillas eran aquellas pocas palabras del ex ordenanza. Eran la lógica de sus ideas y de sus sentimientos; pero, sin embargo, produjeron en Francisco tal impresión, que permaneció mucho tiempo inmóvil una vez que marchó quien las pronunciara, como si el fantasma de su padre se irguiera de repente ante él con los pobres jirones de carne que la bomba de Moscú dejara a la piedad de un hijo y de una viuda. Desde el momento en que percibió la silueta de la Noetsved en la avenida del parque, y adivinó su identidad por una de esas infalibles intuiciones que suelen tener los corazones verdaderamente apasionados, no tuvo más que un pensamiento: evitar a su madre un peligro cuya inminencia le había aterrado. Había sido uno de esos accesos en que sólo una realidad existe para el hombre poseído por la *fobia*: aquello que teme. Desviada esa amenaza, despertamos de la obsesión y nuestra conciencia se

reintegra; en su integridad encontramos la de nuestras facultades y nos asombramos de nosotros mismos como un epiléptico después de una crisis irresistible. La policía había salido sin descubrir la presencia de la asesino. La señora De Bessay no corría peligro alguno. El vértigo de aquella tarde, de aquellas dos últimas horas, sobre todo, había desaparecido. La situación se le presentaba al joven en todo su verismo. La observación del criado bastó para precisar la doble aficción: ¡él, Francisco De Bessay, el hijo del comandante De Bessay, de un inocente asesinado por los revolucionarios rusos, acababa de dar asilo a uno de esos revolucionarios! ¡Él, Francisco De Bessay, el hijo devoto de una madre piadosa, y para quien un mal pensamiento, el más fugaz, era una ocasión de escrúpulo; él, que se confesaba de haber cometido una sola negligencia en sus estudios, de haber hablado violentamente a un servidor, de haber experimentado demasiado placer en una comida; él, había ayudado a un asesino a burlar la justicia, a escaparse a un «perro rabioso», como había dicho brutal, pero exactamente, Pedro! Y las imágenes se le agolpaban en el cerebro, mostrándole lo que había hecho y lo que iba a hacer, con una claridad casi concreta que le paralizaba de remordimiento.

— Ese Steenackers, a quien esa mujer ha matado—se decía—, tiene quizás un hijo. ¿Qué pensaría de mí ese hijo si supiese esto? ¿Qué habría pensado yo de quien hubiera amparado al asesino de mi padre? ¿Qué pensaría yo de cualquiera de quien supiese que, conociendo al autor de un robo, no lo denunciase? Y ¿qué es un robo al lado de un asesinato?... ¡Tenía yo tantos medios de impedir que mi madre no se enterase!... Hacer cerrar las puertas de la casa; decir a Pedro que fuese a decir a los agentes que esa mujer estaba en nuestro parque. Ellos llegaban; ella

les vería acercarse; huiría lejos de la casa, naturalmente, y si había disparos, sería a distancia. Hablábamos a mamá de una pendencia en el camino...

Esas quiméricas posibilidades se hacían tan ciertas en su espíritu, libre de la pesadilla de antes, que otra crisis menos imaginaria y más dolorosa iba a dominarle. En un momento aquellas visiones retrospectivas le fueron tan intolerables, que sacudió la cabeza con un movimiento de rebelión para ahuyentarlas. Tapándose los ojos con las manos, y paseando por la estancia, dijo en alta voz:

— No soy más que un niño...

Luego sus ideas se orientaron en otra dirección.

— Sí — se repetía mentalmente —, no soy más que un niño... Es ya demasiado tarde para pensar en ello. Esa mujer está aquí y no debe estar. Pero le he dado mi palabra; ese es el hecho. «Una palabra no se discute—me decía mi padre—: se mantiene.» Yo he prometido a esa mujer que haré todo lo que pueda para salvarla. He comenzado, luego debo acabar.— Otra vez se repitió en voz alta estas palabras: —Debo acabar.—Palabras que se tradujeron en el sentido de acción inmediata y concreta—. Esto significa—pensó—que tengo que preguntarle a ella misma cómo quiere abandonar Stockhorn, y que tengo que protegerla en su partida. Sí, protegerla. Es preciso. Pedro habló de un modo que me probó cómo la trataría si supiera su presencia... Luego lo primero que tengo que hacer es librarme de él y mandar acostar a todos los criados.

Como varias veces solía quedarse solo hasta hora muy avanzada de la noche leyendo o escribiendo en la biblioteca, su vigilia no podía despertar ninguna sospecha. Cuando hubo llamado y dió a la servidumbre permiso para acostarse, permaneció algún tiempo escuchando el rumor de los pasos en la escalera y el

de puertas que se cerraban. Entonces, y mientras esperaba así, una nueva idea vino a herir su mente y a invadirlo todo desde que apareció, porque respondía a profundos elementos de su naturaleza y de su educación.

— Sí. He comprometido mi palabra. Pero ¿es que la palabra dada tiene valor cuando se trata de individuos colocados al margen de la ley?... Luego si esa mujer me hubiese hecho prometer por mi honor ayudarla a encontrar a ese Gorka a quien ella ha creído tener en sus manos, y a quien seguramente tiene el encargo de ejecutar, como ellos dicen, por uno de sus comités de asesinos, ¿debería yo entregarle? Evidentemente, no. Un hombre no puede prometer por su honor obrar contra el honor... Supongamos que una vez saliendo de aquí con mi ayuda, se junta a uno de sus compañeros de crimen, que despista la persecución y que vuelve a empezar, qué mata, sencillamente, a ese Gorka. Esa sangre recaería sobre mí. Yo sería en rigor su cómplice. No, yo no he podido prometer esto por mi honor. No lo he prometido. Fué en un momento de aberración. Ahora veo claro mi deber. Mi deber es reparar mi debilidad de hace dos horas. ¿Debilidad? No. Yo he cumplido un deber primordial: el de ahorrar a mi madre una agitación que amenazaba serle funesta. Ese deber estaba ante todo. Mi madre descansa. Ahora no despertará. Estoy libre para cumplir el otro deber: castigar al perro rabioso. Tengo bajo llave al fiero animal. Llamo a Pedro. Se lo digo todo. Vamos allá los dos. Ella estará desarmada. La atamos. Él la vigila mientras yo corro a Thoune a avisar a los policías... y en una hora todo se concluyó.

Tanto le alivió esto de su remordimiento de antes, disipado para siempre, que la ejecución siguió casi automáticamente al proyecto. Salir de la biblioteca,

subir la escalera y llegar a la puerta de la habitación donde dormía el criado, fué cuestión de unos minutos. Allí, en lugar de golpear, se detuvo. El silencio del castillo dormido era tan profundo, que oía su corazón saltándole en el pecho. En voz baja, como si su fuerte emoción necesitase de palabras, se dijo:

— No. No puedo... Esa mujer me despreciaría, y tendría razón para ello.

V

Con la cabeza entre las manos se había sentado en el último escalón. La lucha entablada le robaba todas las energías de su ser, hasta el punto de hacerle olvidar dónde estaba y que podía ser sorprendido por alguno de la casa. Entonces, con las dificultades morales de la situación, se complicaron dificultades materiales. La fugitiva seguía en el pabellón. Si se producía la alarma aquella noche en ese rincón del castillo por cualquier singularidad de su actitud, tan prodigiosa como aquella meditación, se le seguiría, se descubriría su secreto, se le denunciaría. Se trataba, pues, de una prudencia muy humana para aquel alma en que todas las virginidades de la conciencia jamás fueron holladas por la tentación, y que se encontraba en pugna con escrúpulos verdaderamente trágicos. Los minutos pasaban, esos minutos tan contados, y él seguía víctima del vaivén de su voluntad. De pronto levantó la cabeza. El reloj de caja de madera colocado en el vestíbulo daba las doce campanadas de media noche, que se extendían sobre la gran paz campestre con una extraordinaria solemnidad. Francisco contó, una tras otra, esas implacables llamadas de metal. La percepción de la rapidez de